

Una teoría del populismo provechosa para los historiadores. Reseña de Pierre Rosanvallon, *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2020, 264 págs.

En el último lustro el término “populismo” se ha abierto un visible hueco en la publicística para cubrir la referencia a ideas, comportamientos y regímenes políticos que se salen de las acostumbradas dictaduras y democracias. Se le atribuyen raíces históricas reforzadas desde comienzos de nuestro siglo en Europa, Asia, África y el continente americano, pero el vocablo parece haber irrumpido en el debate político, artículo de prensa, ensayo y estudio científico con un arrojo imparable más recientemente. Las detalladas voces de *Wikipedia*, en español, francés, inglés y alemán, son buena muestra de ello, y los catálogos de las editoriales españolas e hispanoamericanas, vienen surtidos de obras de autores hispanos y de traducciones sobre el tema. Por solo citar algunos flamantes títulos de carácter introductorio: *Populismos. Una defensa de lo indefendible*, de Chantal Delsol (Barcelona, Ariel, 2015); *¿Qué es el populismo?*, de Jan-Werner Müller (México, Grano de Sal, 2017); *Populismos*, de Fernando Vallespín y Mária Martínez-Bascuñán (Madrid, Alianza, 2017); *La explosión populista. Cómo la Gran Recesión transformó la política en Estados Unidos y Europa*, de John B. Judis (Barcelona, Deusto, 2018); *Populismo, una breve introducción*, de Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (Madrid, Alianza, 2019); *¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis*, de María Esperanza Casullo (Buenos Aires, Siglo XXI, 2019), y *El populismo y la ideología populista*, de Eduardo López-Aranguren (Madrid, Editorial Popular, 2021).

El siglo del populismo del profesor Pierre Rosanvallon no es una obra más en esta lista de novedades. Estamos ante la formulación de una teoría de la que los historiadores, como reza el título de nuestra reseña, pueden obtener una considerable utilidad. Además de cubrir múltiples aspectos, se erige igualmente en reflexión sobre la manera de hallarle alternativas; una fusión entre el estudio histórico y la teoría en la mejor tradición de la historiografía política y la politología francesas; literatura que, como es sabido, incluye a autores de la talla del sociólogo Raymond Aron, el historiador René Rémond, estudioso de las derechas de su país, el orientalista Gilles Kepel, el experto en historia de las culturas políticas Jean-François Sirinelli, y por supuesto la llamada “Histoire du temps présent”. Para una revista como *Historiografías*, que se ocupa entre otros temas de los usos y abusos de la historia y de la memoria, el libro del profesor Rosanvallon no puede pasar desapercibido, aunque solo sea debido a la inocultable tendencia de los populismos a colonizar el relato histórico y la propia historiografía.

El autor, veterano estudioso de la teoría y la historia del liberalismo y la democracia y traducido a numerosas lenguas,¹ es regente desde 2001 de una cátedra de

¹ Se hallan publicadas en español, además de la obra que reseñamos: *La crisis del Estado providencia*. Madrid, Cívitas, 1995; *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006; *El capitalismo utópico*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2006; *La democracia inconclusa. Historia de la soberanía del pueblo en Francia*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2006; *El*

Historia política moderna y contemporánea en el prestigioso College de France, donde ha tenido la ocasión de exponer las tesis que se contienen en este volumen, aunque también –confiesa– las ha rectificado. No falta, incluso, la cita de un reciente ensayo autobiográfico (en realidad el posfacio de una obra a él dedicada) como fuente de tales referencias; tradición –la llamada “egohistoria”– que los historiadores del país vecino cultivan con fruición inagotable.² *El siglo del populismo* es pues un largamente meditado ensayo sobre los antecedentes, historia actual, ideas y mecanismos de este abigarrado fenómeno, y sobre el camino de sus posibles alternativas. El original en francés vio la luz en las librerías en enero de 2020 con el sello de Seuil; la traducción en español llegó ese mismo verano en la edición que aquí reseñamos y en la de la editorial bonaerense Manantial; poco después el Hamburger Institut für Sozialforschung hizo lo propio con la versión en alemán, y Polity Press ha lanzado el correspondiente texto en inglés en el otoño de 2021.

La mayoría de los estudiosos –aparte incondicionales– coinciden en que la palabra “populismo” tiene un carácter peyorativo y difuso. El profesor Rosanvallon subraya además que es un término tan paradójico como imprescindible, precisamente porque abandera una democracia de nuevo cuño que desdeña abiertamente la de tradición liberal y parlamentaria. Acaso por esa dificultad, las maneras en las que se lo viene tratando son imprecisas y poco útiles. Procedencia del voto, vertiente contestataria y descripción de casos recientes y tipologías –precisa– no son elementos suficientes para entender el fenómeno al completo (pp. 16-17), que sí requiere en cambio de una teoría bien provista de perspectiva histórica. Esta debería ayudar a mejor determinar cómo y por qué diversos movimientos y regímenes han entrado en las últimas décadas en una senda que adelgaza sus mecanismos de funcionamiento y representación, y estos a su vez se distancian de su fundamento liberal hasta convertirse en manifestaciones “iliberales” de la democracia.

Con este planteamiento y la sapiencia de nuestro autor acerca de la historia de las democracias, el lector se va a enfrentar a un libro denso, abundante en conceptos, definiciones y clasificaciones –algún interesante neologismo incluso (*infra.*)–, no a una mera introducción al tema. La traducción al español de la mano de Irene Agoff es muy consistente, aunque llama la atención la presencia de algunos galicismos y anglicismos completamente prescindibles en nuestro idioma por reemplazables, tales como “clivajes”, “interfaces” y “afiches”. El libro se hace acompañar de un anexo sobre la historia de la palabra “populismo”, desde los movimientos con este apelativo en la Rusia del siglo XIX hasta su ingreso en la lengua francesa por la vía de la literatura (pp. 241-257). El lector agradecerá, sin duda, esta información. A cambio del espesor de los planteamientos, el libro presenta una estructura nítida y fácil de seguir que cubre teoría e historia.

modelo político francés: la sociedad civil contra el jacobinismo, de 1789 hasta nuestros días. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; *La contrademocracia.* Buenos Aires, Manantial, 2007; *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad y proximidad.* Barcelona, Paidós, 2010; *La sociedad de los iguales.* Barcelona, RBA, 2012; *El parlamento de los invisibles.* Barcelona, Hacer Editorial, 2015; *El momento Guizot. El liberalismo doctrinario entre la Restauración y la revolución de 1848.* Buenos Aires, Biblos, 2015; y *El buen gobierno.* Buenos Aires, Manantial, 2016.

² Pierre Rosanvallon, “Bref retour sur mon travail”, en Sarah Al-Matary y Florent Guénard (dirs.), *La démocratie à l'œuvre: Autour de Pierre Rosanvallon (actes du colloque de Cerisy-la-Salle)*. París, Seuil, 2015, pp. 229-249.

La hipótesis que defiende *El siglo del populismo* se puede resumir como sigue: desde sus orígenes con las Revoluciones norteamericana y francesa, la democracia representativa viene sujeta a una paradoja y profunda indeterminación que afecta al principal protagonista político al que va dirigida, esto es, “la voluntad general” o “el pueblo”. Esta última expresión puede referirse a un principio constitucional –el “pueblo cuerpo cívico” o “pueblo principio” o “pueblo sujeto de derecho”–, pero igualmente puede aludir a un hecho “sociológico” que se presenta bajo distintos nombres y múltiples ropajes (muchedumbres, movimientos sociales, formas de protesta, iniciativas, revoluciones, etc.), lo que llama el autor “el pueblo cuerpo social” (pp. 31-32, 144-145). Tales paradojas e indeterminaciones serían las causas de la crítica e insatisfacción permanente a que viene sometida la democracia desde el siglo XVIII. Desde entonces una serie de mecanismos y acontecimientos en ciertos países han contribuido a amortiguar esta insatisfacción o a evitar que creciese, aunque esto no ha impedido que las fórmulas populistas hayan surgido tempranamente. De hecho, más allá del nombre, los orígenes de algunos de sus más importantes componentes se pueden ya rastrear en el bonapartismo de la época de la Segunda república y el Segundo imperio franceses, y en los años del paso del siglo XIX al XX en Estados Unidos y en algunas democracias europeas (pp. 115-117). Lo interesante del caso es que desde comienzos del siglo XXI el populismo se ha erigido en una “ideología ascendente” “forma límite del proyecto democrático” (pp. 18 y 23), “democracia polarizada” (pp. 43-44) o “democradura” (en francés “democrature”). Esta última expresión, el neologismo al que hacíamos antes referencia, es un concepto de cuño reciente en Francia –aclara el autor– que viene de la fusión de las palabras “democracia” y “dictadura” (o “démocratie” y “dictature”) (p. 217). Su definición más ajustada sería, una forma de autoritarismo a la que se llega sin solución de continuidad desde un marco democrático previo –por lo tanto, sin ruptura de la legalidad ni golpe de Estado–; un fenómeno que, por lo mismo, puede ser reversible (pp. 23 y 218).

Obviamente, la hipótesis de la democracia contra sí misma no es novedosa. Tampoco lo es –al menos no del todo– el repaso por la historia del tema;³ ni la asociación del populismo al “bonapartismo” –“populismo a la francesa”, lo llaman algunos politólogos de ese país–.⁴ Sí lo es en cambio el estudio de las indeterminaciones que vienen rodeando a la democracia representativa desde su nacimiento, el cómo los procedimientos populistas han tratado de infiltrarse en ella desde el siglo XIX, hasta coagularla en tiempos recientes, y el examen de las claves para reforzarla y evitar su degradación.

Sobre este basamento el autor ha construido una estructura en formato tripartito que el lector puede seguir con comodidad pese a la densidad de conceptos y definiciones: a) componentes ideológicos y políticos; b) historia de sus movimientos y regímenes, y c) claves para una teoría crítica que despeje el camino a las alternativas.

³ Publicado poco antes de *El siglo del populismo*, había llegado a las librerías el detallado volumen de Ángel Rivero, Javier Zarzalejos y Jorge del Palacio (coords.), *Geografía del populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*. Madrid, Tecnos, 2018, que puede considerarse, casi en su totalidad, una “historia del presente” del fenómeno. También el texto de John B. Judis antes citado tiene un interesante capítulo histórico: *La explosión populista. Cómo la Gran Recesión transformó la política en Estados Unidos y Europa*. Barcelona, Deusto, 2018, pp. 23-44.

⁴ Véase por ejemplo Alexandre Dorna, “Le macronisme: le retour du populisme bonapartiste?”, *Cahiers de Psychologie Politique*, 32 (2018), https://doi.org/10.34745/numerev_1150.

En la primera parte, que llama “anatomía del populismo” –y que está estrechamente conectada con la tercera parte de teoría crítica–, lo primero que hace el autor es explicar de qué modo la palabra “pueblo” ha sido redescubierta por el populismo y presentada como la respuesta adecuada a un supuesto fracaso de las clasificaciones sociológicas tradicionales (aristócratas, burgueses, campesinos, obreros, etc.) y el lenguaje de la estadística, entendidos ambos como instrumentos que permiten examinar los comportamientos ciudadanos. La laguna se cubre, a juicio del populismo, con una idea de pueblo asociada a lo sensible, lo emocional, lo concreto y las percepciones que los ciudadanos tienen de sí mismos; una noción que elimina la distinción entre “pueblo sujeto de derecho” y “pueblo social” y que resucita la vieja noción “carlschmittiana” de “amigo-enemigo”, ahora convertida en la de “pueblo-oligarquía”.

De la concepción populista de pueblo el autor pasa a la concepción de la democracia y la representación. En este terreno –señala–, el populismo aboga por dejar a un lado el componente “liberal-representativo” y sustituirlo por una visión donde cuerpos como el poder judicial independiente y los partidos políticos opositores son reemplazados por instancias y expresiones que se consideran más directas, más cercanas, más representativas de “el pueblo”. En este catálogo entran los refrendos, los movimientos sociales y los líderes, estos no necesariamente entendidos como personalidades susceptibles de culto al estilo de las dictaduras, sino, dicho en gramática populista, como un “puro órgano del pueblo” (p. 53). El resultado –continúa el autor–, es una “democracia polarizada” (pp. 43-44), o lo que es lo mismo, un régimen hiperpolitizado que, en nombre de la idea de unanimidad, lleva a cabo “una verdadera privatización del Estado” (p. 225) con acciones propias de regímenes autoritarios: destrucción de instituciones o mengua de sus atribuciones, promoción de otras adeptas, purga de funcionarios discrepantes, persecución de disidentes, límites a la libertad de expresión, etc.

Aparte de esta visión de la representación política, el populismo se presenta igualmente como una ideología económica que el autor llama “nacional-proteccionismo”. Su objetivo –detalla–, más que apuntar a una concepción de la política económica, consiste en reforzar las anteriores características, esto es, retratar un país o “pueblo” amenazado por unas oligarquías aliadas de la globalización y, en su caso, dispuestas a fomentar la inmigración y la llegada de una perjudicial mano de obra barata (pp. 57-62).

El autor no se extiende demasiado en explicar hasta donde alcanza ese “nacional-proteccionismo”, pero sí lo enlaza, en cambio, con un último rasgo del populismo que a nosotros nos interesa especialmente, dado que ayuda a entender las formas que adquieren los relatos históricos de él derivados: la importancia que concede a las emociones.

Este tema, como hace notar el autor, ha cobrado una importancia capital en las últimas décadas en disciplinas tales como la psicología, la economía financiera y la teoría política. Estudios históricos sobre el miedo y el sentimiento ante la muerte, emprendidos por clásicos franceses como Georges Lefebvre (*El gran pánico de 1789*, 1932), Philippe Ariès (*El hombre ante la muerte*, 1977) y Jean Delumeau (*El miedo en Occidente. Siglos XIV-XVIII. Una ciudad sitiada*, 1978), pueden considerarse –añadimos nosotros–

literalmente pioneros a la hora de colocar las emociones, los afectos y los sentimientos en el primer plano de la investigación.⁵

Ahora bien, la complejidad de lo emocional en la política actual obliga a establecer distinciones, que nuestro autor resuelve con una esclarecedora clasificación (pp. 69-75). En efecto, no son lo mismo las “emociones de posición” de las personas, que el populismo instrumentaliza contra supuestos enemigos, y que acaban siendo destructivas de la convivencia porque convierten la falta de reconocimiento en sentimientos frustración y rabia en contra de otros, que las “emociones de intervención”, que también el populismo pervierte, esto es, transforma en algo absoluto y por lo tanto anulador de los espacios de diálogo. Pero hay una tercera categoría de emociones que el autor llama “de intelección”, que se traducen en sentimientos de sospecha e impotencia.

En este apartado es donde se puede ubicar las causas que explican la emergencia de tanta teoría conspirativa en los últimos tiempos; porque populismo y conspiranoia son parientes cercanos. El profesor Rosanvallon atribuye esta relación a factores psicosociales (necesidad de buscar el origen de las desgracias en general y de las personales en particular), a causas relacionadas con la historia de las tres últimas décadas, donde el fenómeno de la globalización ha complicado extraordinariamente la interpretación de la historia mundial, y a las tecnologías de la información y la comunicación, fomentadoras de un “caos informacional” que mezcla en una madeja imposible datos y opiniones (pp. 71-73).

No podemos sino suscribir el análisis de nuestro autor. El populismo de derechas suele recrearse en teorías de la conspiración mundial según las cuales supuestos grupos y figuras internacionales se confabulan para imponer agendas encubiertas que pretenden robar la soberanía a los pueblos; y el de izquierdas no se queda atrás cuando invoca “el neoliberalismo” como un mantra donde se asegura haber dado con el secreto de los males del mundo actual (poco que ver, por lo tanto, con la acepción restringida del término asociada a ciertas teorías económicas).

En España la clase de relato que evoca hipotéticas fuerzas que conspiran ha ido calando en ciertas esferas políticas y escritos históricos sin que se vean esfuerzos para entender el porqué de su aparición y desarrollo. Como muestra de ello, la cuasi-indiferencia con que la historiografía profesional –no así la prensa– viene contemplando el catálogo de publicaciones, que se pretenden estudio histórico, emanadas de ciertos centros del independentismo catalán generosamente abonados por las autoridades de esa Comunidad Autónoma, sobre todo el autodenominado Institut de la Nova Història. Más allá de la anécdota de sus disparates, llama la atención su componente de populismo-conspiranoia y ensimismamiento de naturaleza extrema: a tales autores los une la pretensión de demostrar que las más importantes personalidades de la historia de la cultura han sido en realidad “catalanes universales” cuyos orígenes y ejecutoria fueron ocultados en algún momento por algún artero complot promovido por “España” (Cristóbal Colón, Cervantes, Santa Teresa, Américo Vespucio, Miguel Servet, Erasmo de Róterdam, Leonardo Da Vinci, Beethoven, etc.). Es justamente esta amalgama de espíritu

⁵ Pese a las sutilezas de la psicología, a los efectos de la investigación cultural las tres expresiones pueden considerarse prácticamente sinónimas. El autor las maneja indistintamente, aunque prefiere la primera de ellas (pp. 67-69, 71).

excluyente, paranoia y uso deformante de la información histórica –además de afán de espectáculo– los que les asegura un público fiel dentro de la clase política y la ciudadanía catalanas.⁶

El libro del profesor Rosanvallon maneja un gran número de referencias históricas (la Revolución francesa, la primera de todas) y a casos actuales (el mandato de Donald Trump, el chavismo venezolano, el Brexit, El Frente Nacional en Francia, Podemos en España, etc.), pero solo su segunda parte es propiamente una historia política y de las ideas. No se trata de una historia exhaustiva, por supuesto, sino de una aproximación al nacimiento y versiones actuales de los principales componentes del fenómeno. En opinión del autor, algunos de ellos vienen intentando instalarse en las democracias ya en el siglo XIX con varias constantes: la sustitución de la idea de independencia política por la de adhesión, de la representación parlamentaria por el refrendo, y de los espacios de diálogo por ámbitos de enfrentamiento contra una supuesta oligarquía omnipresente –nacional y/o mundial–, o contra la presencia de partidos políticos opositores a los que se niega la capacidad de representar intereses generales.

En esta parte del libro el lector es transportado a distintos momentos de la historia contemporánea, al bonapartismo de las décadas centrales del XIX nacido de Segunda república francesa (*supra.*), a las décadas anteriores a la Gran Guerra en las principales democracias europeas y en los Estados Unidos y, por supuesto, al “laboratorio latinoamericano”, sobre todo al “gaitanismo” en Colombia y al peronismo argentino. La parte cuenta también con un apartado en el que se hace un repaso por las ideas democráticas que más indeterminación han derramado y más han sido asaltadas por el populismo; lo que el autor llama “las figuras de la indeterminación” (pp. 141-161). Pero esta excursión al pasado remoto y cercano plantea preguntas a las que el libro no parece dar respuesta. He aquí algunas: si los populismos vienen evocando con espíritu épico y/o simpatía o indulgencia los regímenes totalitarios y autoritarios del siglo XX, ¿se pueden considerar estos últimos igualmente responsables de algunas de sus ideas claves? (por ejemplo, el ultranacionalismo y la crítica antiliberal propios de los fascismos, o la idea de “democracia popular” superación de la “democracia burguesa” que los regímenes comunistas reivindican para sí mismos); más aún, el populismo hoy ¿es solo la perversión de la democracia parlamentaria o también actúa en algunas dictaduras longevas como máscara o ideología de supervivencia?

Como libro de teoría –además de historia– política que es, *El siglo del populismo* no elude la reflexión sobre las alternativas a dicho fenómeno, tema pedregoso y de interés más politológico que historiográfico. La tercera parte, a ello dedicada, constituye sin

⁶ Una excepción a la citada indiferencia es el libro de Vicent Baydal y Cristian Palomo (coord.), muy contundente con los autores de ese Institut de la Nova Història: *Pseudohistòria contra Catalunya. De l' espanyolisme a la Nova Història*. Barcelona, Eumo, 2020, pp. 21-57, 199-443. A pesar de ello, este texto muestra una extrema debilidad conceptual y un preocupante desconocimiento de los estudios de historia de la historiografía y de la trayectoria de los historiadores a los que critica. En él nos enteramos, por ejemplo, de la existencia una corriente secular de “pseudohistoriadores espanyolistes” “catalanofòbics” que se remonta al isabelino Modesto Lafuente (1806-1866) y se perpetúa en el último medio siglo en estudiosos tales como Antonio Ubieta, Antonio Domínguez Ortiz, Guillermo Redondo y Guillermo Fatás, una corriente –aseguran los autores del libro– tan falsaria como el citado Instituto. Harían bien estos últimos en documentarse; descubrirían así que los cuatro historiadores citados han sido críticos tempranos del llamado “castellanismo” y de los relatos nacionalcatólicos de la historia de España.

embargo un elemento clave de la teoría misma, dado que una de sus principales hipótesis, como ha quedado dicho, es que la política populista o los regímenes de “democradura”, a diferencia de las dictaduras, sí son reversibles.⁷ El repaso por las claves que han determinado en tiempos recientes esa transformación en “democraduras” se convierte así en un examen del por qué algunos componentes de la democracia se han pervertido y vuelto contra ella misma. En esas páginas, si el lector busca alguna propuesta política específica para revertir el fenómeno, buscará en vano. Lo que sí hallará será –y debemos aplaudirlo– un acabado análisis crítico de esos componentes. El catálogo incluye temas como los “puntos ciegos” de los procedimientos refrendarios (disolver la “responsabilidad” de los gobernantes, convertir la deliberación en un debate sobre el sí y el no, establecer hechos consumados e irreversibles, etc.); el peligro de la disolución de la polisemia que se contiene en la palabra “pueblo” (*supra.*), o de la pretensión de irreversibilidad con que se presentan esas “democraduras”; y, finalmente, las negativas consecuencias que la polarización política acarrea.

Contra estos efectos perversos el autor llama la atención de que la representación política y la soberanía popular siempre tienen manifestaciones que van mucho más allá del mero ejercicio electoral, de modo que cuanto más sólida es una democracia, tantas más expresiones e instancias acoge. He ahí una provechosa reflexión que puede allanar la búsqueda de alternativas al populismo.

Gonzalo Pasamar
Universidad de Zaragoza (España)
gpasamar@unizar.es

Fecha de recepción: 11 de diciembre de 2021

Fecha de aceptación: 15 de diciembre de 2021

Publicación: 31 de diciembre de 2021

Para citar este artículo: Gonzalo Pasamar, “Una teoría del populismo provechosa para los historiadores. Reseña de Pierre Rosanvallon, *El siglo del populismo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2020, 264 págs.”, *Historiografías*, 22 (julio-diciembre de 2021), pp. 133-139.

⁷ Hemos de suponer en todo caso que el autor está al tanto de que el populismo ya ha esclerotizado completamente ciertos regímenes que fueron democracias pluralistas, y que viene invadiendo hoy espacios políticos que antaño pertenecieron a los partidos democristianos, liberales y socialdemócratas. En España, desde finales de 2013 existe un partido de orientación conservadora y tendencias populistas, llamado Vox, nacido en cierto modo como escisión del Partido Popular (Véase Pedro Carlos González Cuevas, *VOX, entre el liberalismo conservador y la derecha identitaria*. San Sebastián, La Tribuna del País Vasco, 2019, pp. 107-125); y no es un secreto que el Partido Socialista Obrero Español, actualmente en el gobierno de España, se viene dejando contaminar de populismo en los últimos años, o como algunos de sus dirigentes admitieron ya en 2016, se ha “podemizado” (la frase la acuñó en aquel otoño quien fuera secretario de la Comisión Gestora del partido entre octubre de 2016 y junio de 2017, el asturiano Javier Fernández Fernández).